

**DAVID RIEFF**

**UNA CAMA  
POR UNA  
NOCHE**

**EL HUMANITARISMO  
EN CRISIS**

**«UN LOGRO REPLETO DE UNA  
PROFUNDA INTELIGENCIA Y DEL  
VALOR DE LOS PRINCIPIOS.»**

**NADINE GORDIMER**

**DEBATE**

# Una cama por una noche

El humanitarismo en crisis

DAVID RIEFF

Traducción de  
Jesús Cuéllar y Amado Diéguez

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer



@debatelibros



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Este libro es para Alice Mayhew*

No existe documento de cultura que  
no sea a la vez documento de barbarie.

WALTER BENJAMIN

## Refugio nocturno

Me han contado que en Nueva York,  
en la esquina de la calle veintiséis con Broadway,  
en los meses de invierno, hay un hombre todas las noches  
que, rogando a los transeúntes,  
procura un refugio a los desamparados que allí se reúnen.

Al mundo así no se le cambia  
las relaciones entre los hombres no se hacen mejores.  
No es ésta la forma de hacer más corta la era de la explotación.  
Pero algunos hombres tienen cama por una noche,  
durante toda una noche están resguardados del viento  
y la nieve a ellos destinada cae en la calle.

No abandones el libro que te lo dice, hombre.  
Algunos hombres tienen cama por una noche,  
durante toda una noche están resguardados del viento  
y la nieve a ellos destinada cae en la calle.  
Pero al mundo así no se le cambia,  
las relaciones entre los hombres no se hacen mejores.  
No es ésta la forma de hacer más corta la era de la explotación.

BERTOLT BRECHT (*Poemas y canciones*,  
traducción de Jesús López Pacheco y Vicente Romano, Madrid,  
Alianza, 1968).

## Nota preliminar a la nueva edición

Muchos autores se consuelan pensando que sus libros los sobrevivirán y es evidente que hay algo de verdad en ello, al menos si los textos en cuestión son lo bastante buenos. Pero cuando el autor todavía está vivo, la experiencia de contemplar el más allá de la propia obra a menudo puede dar lugar a la experiencia más humillante: hojear un ejemplar de cualquiera de sus libros online o en una librería y sentirse abrumado por el deseo, allí y en ese momento, de poder reescribir tal o cual frase torpemente redactada o de revisar tal o cual párrafo para que el argumento que se pretendía exponer quedé bien claro y no resulte confuso. En el caso de los autores de libros de no ficción, al menos en el de aquellos cuyas obras no son del todo académicas, también cabe la posibilidad de que estos se vean obligados a comprobar que el análisis que hacían de un determinado aspecto del tema que trataban estaba equivocado, o que la predicción expuesta no podía ser más desacertada. Así, el régimen que suponíamos que estaba a punto de venirse abajo sigue prosperando (pensemos en todos los libros escritos tras la caída del Imperio soviético que predecían la inminente desaparición del régimen de Castro en Cuba); el libertador al que elogiábamos con admiración acabó convirtiéndose en un tirano, o resultó que lo era desde el primer momento (buen ejemplo de ello son los libros que ensalzaban la dictadura de

Paul Kagame en Ruanda); o la cruzada moral que parecía destinada a acabar con todo antes de que se comprobara que era más débil y más efímera de lo que parecía en un primer momento (yo diría que tal es el caso de una enorme cantidad de libros que ensalzaban el movimiento internacional en defensa de los derechos humanos, aunque es indudable que habrá muchos que no estén de acuerdo conmigo en este punto). También se corre el riesgo de descubrir que la información acerca de un determinado lugar, de un determinado suceso histórico o de un determinado movimiento político está terriblemente trasnochada, hasta el punto de resultar ilegible, salvo, acaso, como curiosidad histórica.

Al volver a leer *Una cama por una noche*, mientras preparaba esta nueva edición en español, me sentí aliviado al descubrir que el libro no incurre en ninguna de esas categorías de error o de irrelevancia, aunque, naturalmente, serán sus lectores los que tengan la última palabra al respecto. Plantaba yo dos argumentos básicos. El primero era que, en el momento de la invasión de Irak de 2003 por parte de Estados Unidos, los integrantes de las organizaciones dedicadas a las actividades de socorro que habían intentado sostener la teoría y la práctica de una acción humanitaria independiente habían sido, en su mayoría, derrotados frente a aquellos colegas suyos que aceptaban la instrumentalización de su labor a manos de los grandes gobiernos occidentales, los cuales, directamente o a través del sistema de Naciones Unidas, eran los principales donantes de los fondos que recibían y de los que cada vez dependían más esas ONG encargadas de prestar ayuda humanitaria. La forma más extrema de esa instrumentalización fue la articulada de manera explícita por el gobierno de Estados Unidos en el periodo previo al estallido

de la guerra de Irak. El entonces alto cargo de la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés), Andrew Natsios, planteó el asunto de un modo brutal: las ONG que habían recibido dinero del gobierno de Estados Unidos eran «un brazo del gobierno norteamericano», y punto. Y para que el mensaje no pasara desapercibido, la persona que por aquel entonces ocupaba el cargo de secretario de Estado, Colin Powell, aseguró ante una asamblea de representantes de organizaciones estadounidenses dedicadas a prestar ayuda humanitaria que consideraba a estas «una parte importantísima del equipo militar [estadounidense]».

El segundo argumento que planteaba en el libro era que el proyecto humanitario había cambiado, a mi juicio para peor, debido a que cada vez más se lo identificaba con el movimiento en defensa de los derechos humanos. El humanitarismo independiente se basaba en la revolucionaria idea —ajena por completo a todas las grandes tradiciones religiosas— de que los seres humanos no habían sido hechos para sufrir y de que, allí donde había sufrimiento, era preciso actuar para aliviarlo. Pero esa visión del proyecto humanitario suponía la aceptación de sus limitaciones. Como decía el funcionario británico experto en misiones humanitarias Hugo Slim, «pese a basarse en el fundamento general de una idea magnífica —el reconocimiento de la dignidad y el valor fundamentales de una humanidad común a todas las personas—, el planteamiento humanitario es en realidad algo muy mezquino... una ética provisional que pretende preservar el valor de la dignidad humana esencial enmarcado en el contexto específico, extremo y, por fortuna, habitualmente extraordinario, de la guerra y del conflicto armado». Los colabora-

dores de esas misiones de ayuda que compartían la idea que tenía Slim del proyecto humanitario nunca habían pensado que fuera la palanca de Arquímedes que permitiera cambiar el mundo. Pero así era como se consideraba a sí mismo el movimiento global en defensa de los derechos humanos, cosa que, por lo demás, no es de extrañar, pues durante el último cuarto del siglo xx los derechos humanos se habían convertido en la idea salvadora que predominaba en la época. Y a medida que la asociación, práctica e imaginaria, entre la internacional humanitaria y la defensa de los derechos humanos se ampliaba y se hacía más y más profunda, el mundo de las ayudas humanitarias se presentaba cada vez más como si estuviera capacitado no sólo para llevar a cabo su objetivo original de aliviar el sufrimiento, sino también para alcanzar su ambición más grandiosa: desempeñar un papel primordial a la hora de promover la paz y la justicia social, e incluso de impedir el genocidio.

Casi veinte años después de que escribiera *Una cama por una noche*, el proyecto humanitario ha quedado más atrapado aún entre Escila y Caribdis, entre la conquista del humanitarismo por parte del Estado y su subordinación al proyecto de defensa de los derechos humanos. Sustituyamos la Libia de 2011 por la Bosnia de 1992, o la Venezuela de 2019 por el Kosovo de 1999, y podremos observar las mismas distorsiones. Pero una cosa ha cambiado de manera radical: debido a la crisis migratoria en el Mediterráneo, que acusó sus serios efectos en 2015, o a la crisis de acogida, en la que muchos abogaban por el recibimiento y la aceptación de los que intentaban acceder a Europa, las ONG dedicadas a prestar ayuda humanitaria ya no trabajan «allá lejos», en el Sur Global, sino «aquí dentro», en el Norte Global. En mi

opinión, eso supone un cambio enorme, tanto que ya ha modificado de manera fundamental las «reglas del juego» de la acción humanitaria y que casi con toda seguridad lo seguirá haciendo. En la conclusión que he escrito para esta nueva edición española, he intentado aclarar las implicaciones de todo esto.

## Introducción

Este libro se inició en Sarajevo en 1995, mientras continuaba el asedio y los francotiradores trabajaban con más diligencia que nunca para volar la cabeza o las extremidades a la gente en las calles de la capital bosnia. Se terminó en el otoño de 2001, mientras ardían las ruinas de las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York y los habitantes de la ciudad, entre los que me encuentro —aunque, evidentemente, no sólo los neoyorquinos— lloraban aturridos a sus muertos y se preguntaban por su futuro. Dicho de otro modo, es un libro que comenzó en la desesperación y que se terminó... bueno, en cualquiera que sea el estado mental que se está más allá de la desesperación.

No voy a pedir disculpas por ello. No habría ni que decirlo, pero, en una época que ya no puede diferenciar entre el cinismo y el pesimismo, quizá sea preciso señalar que espero que este libro suponga una pequeña aportación al despertar de la conciencia sobre las guerras, las hambrunas y las crisis de refugiados que constituyen su tema, y que no incremente el cinismo o la resignación de los seres humanos. Sin embargo, no voy a negar que apenas veo fundamentos empíricos para el optimismo, si es que los hay. Cuando a un libro anterior dedicado a Bosnia le di el título de *Slaughterhouse (Matadero: Bosnia y el fracaso de Occidente*, en su edición española), no creo que supiera lo apropiado que resultaba para

describir una franja tan ancha del mundo. Un autor francés de aforismos del siglo XVIII dijo que habría que tragarse un sapo vivo en el desayuno para estar seguro de no encontrar algo más repugnante a lo largo del día. Al volver la vista atrás, me parece que esto es lo que he estado haciendo en la última década: engullendo a propósito sapos vivos, uno tras otro. Por plantearlo de forma menos histriónica, desde el momento en que pisé el norte de Bosnia a finales del verano de 1992 y, siguiendo a colegas más valientes, como Ed Vulliamy y Roy Gutman, entré en los campos de concentración serbios de Bosan ska Krajina, hasta la noche en que me detuve ante el montón de escombros de seis pisos de altitud que había sido el World Trade Center, observando cómo el polvo que incluía seres humanos y acero pulverizados me cubría las botas, he hecho lo posible por meter las narices en el horror del mundo; el precio que habré de pagar por ello aún no lo sé y las razones de mi decisión dudo que en algún momento llegue a comprenderlas.

Mis itinerarios han sido los de las guerras y lo que, de forma bastante aséptica y engañosa, denominamos las emergencias humanitarias que abundan hoy día. Desde luego, no las he visto todas y, en esa peculiar amalgama de *voyeurismo* y testimonio que todos practicamos, he hecho bastante menos que muchos de mis colegas, por no hablar de los riesgos físicos o psicológicos mucho menores que haya podido correr. Ni siquiera estaba presente en varias de las catástrofes más terribles, aunque en este libro analice algunas de sus consecuencias. No estuve en Timor Oriental, ni en el Kurdistán, ni en Chechenia: con todo, he visto más de lo que me correspondía. No lo digo con orgullo, ya que no creo que sea especialmente intrépido ni soy muy amigo de esos perio-

distas *cowboys* locos por el peligro. Basil Davidson, el gran historiador experto en asuntos africanos que pasó la II Guerra Mundial luchando junto a los partisanos de Tito como segundo comandante del Departamento de Operaciones Especiales del Ejército Británico, ya me advirtió antes de que fuera a Bosnia por primera vez que «no se aprende nada de los tiroteos».

Seguramente estaba exagerando para llamar mi atención. Pero, después de hacer este trabajo durante una década, soy consciente de lo sesgada que ha sido, en ocasiones, mi interpretación de las cosas. En la guerra se tienen toda clase de experiencias horribles y, para ser del todo sincero, también otras maravillosas; sobre todo a través de la generosidad personal de desconocidos, que, para un ateo medular como yo, de todas las cosas con las que me he topado, es lo que más se acerca a la idea de la gracia cristiana. Sin embargo, ¿se aprende algo que merezca la pena comunicar? Sólo si ver morir a personas en tus brazos, a tus pies, a tu lado y ante tus ojos, sin poder hacer absolutamente nada para salvarlas o rescatarlas es una forma de aprendizaje. No lo es. No es más que la infinita variedad de la muerte y del sufrimiento que no te deja respirar y te domina la cabeza hasta que no sabes si soñar con la justicia o con la huida, o simplemente con estar en otro lugar en el que haya silencio cuando lo anhelas y ruido únicamente cuando lo necesitas, o luz, calor, camas cómodas y copas frías de buen vino blanco.

No sé si lo que he aprendido en la última década basta para justificar la vida que he llevado. He sido espectador, incluso cuando no quería serlo. He escrito para defender causas que sabía desesperadas. Por supuesto, a veces también he caído en la desesperación, en ocasiones en las que tendría

que haber seguido al pie del cañón, aunque sólo fuera por las víctimas. ¿Y a quién no le ha pasado algo similar? Probablemente, pocos de nosotros superaríamos de modo fiable la prueba moral que supone ser un espectador de las tragedias ajenas. Únicamente en las guerras de los Balcanes —por primera vez en mi experiencia con este tipo de conflictos— creí que no sólo era posible sino urgente tomar partido y estuve lo suficientemente seguro de mis opiniones políticas como para pasar de escritor a activista. Incluso entonces, como les ocurre a todos los autores que tienen un temperamento demasiado escéptico o quizá demasiado pesimista para sentirse cómodos con la panoplia del activista, no hubo momento en el que no fuera también un mirón.

Si tengo mala conciencia es porque, como todos los que han cubierto las Bosnias, Ruandas y Afganistanes del mundo, me merezco tener ese sentimiento. Por este motivo elijo poner mis cartas sobre la mesa desde el principio de este libro, casi invitando al lector a permanecer en guardia. Durante el asedio de Sarajevo, a los periodistas gráficos que se reunían en esquinas especialmente peligrosas, donde los francotiradores serbios de las colinas obtenían resultados más letales, los llamaban «ángeles de la muerte». Sin embargo, el hecho de que el escritor no tenga que apuntar con su libreta a alguien que acaba de caer herido, como el fotógrafo con su cámara, no hace menos turbadora su ambigüedad moral (y estoy siendo generoso con la expresión). Puede que esa parodia de periodista que llega a una zona donde se están cometiendo atrocidades y pregunta, micrófono en mano, «¿hay por aquí alguna víctima de violación que hable inglés?» sólo haya existido en las más repugnantes fantasías de Evelyn Waugh. Pero, ¿qué decir del periodista, fotógrafo o redactor